

lo es la discusión sobre la posibilidad del amor en el seno del matrimonio. Posición que en Chrétien tiene sus extremos en el *Erec* y en *El caballero de la carreta*, ésta última muy influida por la posición de María de Champagne, mecenas de Chrétien que ve en el amor ilegal la culminación del amor. Otro aspecto importante que trata Isabel de Riquer, en forma sintética, pero muy iluminadora, en su introducción, es la importancia que tienen,

por su coexistencia, los elementos maravillosos y los reales en la novela.

En resumen, la edición de Isabel de Riquer permite aproximarse a los hermosos textos de Chrétien sin perder ni el contexto de la época ni los elementos conceptuales importantes en torno a la cortesía y el amor que están tan hábilmente plasmados en *El caballero del León*.

AURELIO GONZÁLEZ  
*El Colegio de México*

**Köler, Erich, *L'Aventure Chevaleresque. Idéal et réalité dans le Roman Courtois. Etudes sur la Forme des plus Anciens Poèmes d'Arthur et du Graal*, Paris: Galimard, 1974. [Madrid, 1989].**

La literatura, por ser un producto humano, puede ser considerada como acto social, pero, la conjunción de literatura y sociedad es siempre un terreno pantanoso. Generalmente pensamos que son siempre las sociedades las que imprimen en la literatura sus huellas, y buscamos en una novela indicadores que puedan enseñarnos cómo era la vida de la época en la que se escribió. Una obra literaria es considerada casi siempre como espejo e interpretación del estado que guarda una sociedad en un periodo determinado de su historia, un monumento que hace pervivir un momento de tensión entre ideal y realidad.

Ahora bien, resulta obvio que no toda literatura admite con la misma facilidad un análisis de este tipo, de hecho, sería posible pensar que la obra literaria en cuanto menos realista es menos refleja las condiciones sociales. Sin embargo Erich Köhler demuestra en este libro —ya un clásico— cómo es posible interpretar

el sentido histórico y social de uno de los géneros literarios concebidos como de pura ficción: el *roman* artúrico.

Normalmente considerada una literatura atemporal y de evasión, gracias a este estudio es posible ver cómo puede descubrirse a los héroes de los *romans* de Chrétien de Troyes —calificado por Le Goff en el prefacio del libro como el primer (quizás el segundo después de Petronio) gran novelista de Occidente— en las personas que vivían en medio de su sociedad, cómo las historias de Arturo y del Santo Grial se van ubicando para completar el complejo mosaico no sólo cultural sino histórico de ese luminoso siglo XII.

Porque el siglo XII fue un siglo de múltiples nacimientos y renacimientos, vio la luz el amor cortés —cuna y molde de muchas de nuestras actuales actitudes frente al sentimiento—, resurgieron la vida urbana y el comercio, se avanzó hacia la consolidación de

los estados; sin embargo, uno de estos renacimientos que vio el siglo XII, el del poder real fue un hito que señaló una crisis, que hizo evidente la decadencia de un sistema que había prevalecido desde el colapso de las instituciones romanas: el feudalismo.

Con la crisis del feudalismo un estamento especial, el de los caballeros, se encontró en aprietos para mantener su estilo de vida y vio cómo sus modos y costumbres ya no correspondían a lo que el resto de la sociedad consideraba conveniente.

La caballería se basó, durante un largo periodo, en un principio de valoración personal del individuo que, merced a sus recursos (el caballo y las armas) y capacidad (su habilidad guerrera), era capaz de procurarse un buen puesto en alguna corte o aun un trozo de tierra. El espíritu de la caballería dependió en buena parte de la posibilidad que tenían los guerreros de convertirse, gracias a sus cualidades personales, en vasallos de un señor que se encargaba —al menos ideal o nominalmente— de su manutención y demás necesidades.

Los caballeros sufrieron en el siglo XII lo que se ha llamado una toma de conciencia de su estado y de su clase. Con esta toma de conciencia crearon una serie de actitudes que se convirtieron en sus características específicas y que fueron establecidas con el propósito de excluir a todos aquellos que eran ajenos a su mismo estamento.

En la literatura esto está perfectamente ilustrado con la aparición y el auge del *roman courtois*, una literatura creada para una élite de nobles cuyos modos y “sentidos” se escapan al vulgo y cuyos ideales sólo pueden ser sostenidos y comprendidos por auténticos caballeros.

Hasta antes de la aparición del *roman courtois*, la literatura vernácula de la Edad Media había sido la misma para cualquier clase de público, los cantares de gesta involucran lo mismo a reyes y caballeros que a campesinos y comerciantes, pero el nuevo género, la novela, ya no era para todos, había sido concebida para ser disfrutada a puertas cerradas, en el interior si no de las cámaras sí de los castillos, por aquellos que eran los únicos capaces de comprender la “materia” y el “sentido” que trataban; es decir, que conocían los temas y estaban familiarizados con los usos y la ética de sus protagonistas.

Dentro de los temas que usó la novela la que mejor se adaptó a las necesidades de la caballería es la llamada “Materia de Bretaña”, pletórica de elementos maravillosos, pero también portadora del que estaba destinado a ser uno de los más grandes héroes de toda la literatura: el rey Arturo. Arturo de Britania, que conjugó los ideales de largueza y poderío que los caballeros esperaban de su soberano, fue la figura que concibió como capaz de dominar el sistema feudal pero sin amenazarlo ni impedir que la caballería pudiese continuar creciendo y ascendiendo a mejores puestos.

Amenazados desde los dos extremos de la pirámide social, el rey y los burgueses, y lastrados por las obligaciones morales con que la Iglesia había cargado a la caballería, los caballeros encontraron en el *roman courtois* el escape tan ansiado hacia ese mundo que les ofrecía un errar aventuroso y una recompensa que satisfacía sus anhelos. La corte de Arturo fue así el modelo idealizado que la caballería podía evocar, el cosmos maravilloso del *Yvain* en el que la búsqueda de



una mujer-hada, se coronaba con la posesión de un reino fabuloso ubicado en el corazón de la *feerie*: Brocelandia.

Asimismo, una muy importante parte de esa caballería que encontraba a la artúrica como su ideal, fue la corte de los Plantagenet. Señores feudales poderosos y belicosos, vasallos, muchas veces meramente nominales, del rey de Francia, pero soberanos por derecho de conquista de Inglaterra, los Plantagenet, principalmente Enrique II, descubrieron en la materia de Bretaña la posibilidad de emparentarse con un arquetipo de gobierno tan prestigioso como era el de Carlomagno, que capetos reclamaban para sí, y oponer a la antigua y noble canción de gesta carolingia el moderno y cortés *roman* y el fabuloso lai.

En el tercer capítulo de su libro, "la aventura. Reintegración y búsqueda de la identidad", Erich Köhler plantea a la aventura como el eje medular sobre el que gira la literatura artúrica y como el elemento que consigue unificar a los caballeros en un sólo afán que los contiene a todos, que promueve una unidad espiritual de la nobleza con su mundo y consigo misma. La solución a todos los problemas que agobian a la sociedad caballeresca está en la aventura, en la *queste* en la que interviene el azar, pero más el destino, la búsqueda en la que se concretiza la verdadera importancia de un héroe, la aventura es la peregrinación de un personaje a encontrarse con su propia identidad y con su nombre.

Así, el caballero puede, si consigue entrar en ese anti-mundo de lo maravilloso, encontrar los medios para afrontar las empresas supremas, descubrir que el mal es un principio natural, pero que es posible vivir con él, que

frustraciones y redenciones son compatibles en el ámbito de dualismo en el que se desenvuelven ambas. Los *romans* artúricos hacen de la época que los vio nacer una edad en la que lo maravilloso se asimila y se vive, un lugar en donde el mundo legendario de hadas y encantadores, de enanos y gigantes, de poderes imprevistos, de sucesos extraordinarios y emocionantes se permea con la realidad y muchas veces se pone al servicio de la idea que la caballería se había hecho de sí misma.

Planteado como una búsqueda de la sociedad feudal por encontrar su modelo idealizado el *roman courtois* también tuvo que enfrentar sus crisis, y el elemento que lo mermó fue otra *queste*, la del objeto inalcanzable, la del Santo Grial fue la búsqueda escatológica del objetivo final de la caballería. Marcó la debilitación del mundo artúrico que, tras las aventuras del Grial, destinadas a héroes venidos de afuera de su corte, Perceval o Galahad, se enfrentó a su decadencia y se presentó nuevamente como reflejo de esa sociedad que lo había originado, el *roman* artúrico decayó de la misma forma en la que languidecía la caballería.

Este libro, publicado originalmente en 1956 y, por fin, traducido en 1990 al español, es uno de esos estudios profundos pero amenos que consiguen hacer luz sobre puntos difíciles y que logran que casi cualquier lector entienda y se emocione con la perspectiva de estudiar literatura medieval.

ANA MARÍA MORALES  
*El Colegio de México*